

grientas escenas y crueldades de familia que dieron tan siniestro carácter á las monarquías griegas durante toda su historia desde los Diadocos y los Epigones hasta la muerte del último de los Tolomeos en Alejandria. Las consecuencias de estas crueldades fueron que muchos esclarecidos macedonios se vieron obligados á abandonar el reino y á refugiarse en Persia.

III.—EXPEDICION DE ALEJANDRO AL DANUBIO. ALEJANDRO DESTRUYE TEBAS

Después de la rápida reconquista de la hegemonía griega, era preciso sujetar á los pueblos bárbaros que se extendían al rededor de los mejores territorios del imperio: con este objeto llevó á cabo Alejandro, en la primavera del año 335, una gran exploración militar, que ocasionó en muchos puntos una serie de interesantes hechos de guerra, y gracias á la cual pudo más tarde obligarse á los pueblos recientemente dominados á proporcionar fuertes contingentes durante la guerra persa. Alejandro salió de Anfipolis en dirección á Nestos, remontando el río de este nombre, pasando la montaña de Rhodope y encaminándose al Hebro superior, en donde se alzaba la ciudad de Filipópolis, fuerte punto de defensa de la nueva soberanía. Después de algunos combates, atravesaron los vencedores macedonios los Balcanes, derrotaron por completo un ejército de tribales y se aventuraron á pasar el Danubio, al otro lado del cual les esperaban los getas transdanubianos que fueron atacados y vencidos. Desde este teatro de su reciente triunfo volvió el rey al Sudoeste, pasó el territorio de los agríanos y se apresuró á cruzar el valle del Erigon para llegar al mar de Licnidos y sofocar una importante sublevación de los pueblos ilirios que se habían apoderado de la poderosa fortaleza de Pelion, que dominaba la comarca de Devol. Los ilirios, después de algunas escaramuzas, fueron sojuzgados en el verano del año 335.

Hacia algún tiempo que Alejandro se encontraba en Pelion, cuando llegó á noticia suya que se había encendido en Grecia una guerra temible. Los acontecimientos del otoño de 336 no habían podido vencer la antipatía que los elementos nacionales sentían hacia la hegemonía macedónica, antipatía que se hallaba alimentada por las instigaciones de la corte de Susa. Persia, que locamente se había apropiado el mérito de haber contribuido poderosamente á la muerte de Filipo, debía reconocer muy pronto que Alejandro era tan temible para ella como su padre. El valiente general Memnon fué quien envió por conducto de su cuñado, el príncipe Artabazo, tan respetado durante la dominación de Darío, exactas noticias á la corte acerca del verdadero estado de cosas. Mientras Memnon al frente de 5,000 mercenarios se dirigía, durante la primavera de 335, contra los macedonios, y obligaba al general Parmenion, que había tomado por asalto la ciudad de Grineion y que acampaba junto á Pitane, á abandonar el Asia; mientras derrotaba al propio tiempo á Cabas que operaba en la Troade, y le forzaba á regresar al Helesponto; y mientras, llamado por los oligarcas de Efeso, sofocaba la sublevación de la democracia y dejaba en dicha ciudad una guarnición persa; había ordenado el rey que se hicieran grandes aprestos por tierra, en el Asia Menor, y por mar en las ciudades costaneras del imperio, y que se firmaran alianzas con distintas ciudades griegas y con los más renombrados jefes de partido para inducirles á declarar la guerra á Alejandro. Para esta empresa se recaudaron grandes sumas de dinero: Atenas proporcionó 300 talentos, que fueron entregados, no oficial, sino privadamente á Demóstenes. Comenzaban ya á extenderse las nuevas relaciones greco-persas, que habían de tocar á su término, tan luego como los escuadrones de Alejandro se desparramaran por las

estepas párticas. Durante la primavera y el otoño del año 335 fué extraordinario el calor que se dejó sentir en Grecia, y los macedonios se vieron enredados en difíciles luchas en el Danubio y en las cercanías de Pelion. En la Elide, en Mesenia y en una parte de la Arcadia fueron derribados del poder los jefes del partido macedonio. Los etolios, cuya historia durante este período se relaciona cada vez más con la de las antiguas razas helénicas, estaban prontos á luchar: los preparativos de Atenas eran mayores todavía que los hechos durante el anterior otoño; pero los que con más ardiente entusiasmo ansiaban la lucha eran los orgullosos demócratas tebanos, que recordando el inolvidable tiempo de su grandeza, soportaban con impaciencia y con el odio más profundo la doble presión de su oligarquía y de las tropas macedónicas que guarnecían su ciudadela.

De pronto dejaron de recibirse noticias de la Iliria, asegurándose que Alejandro había perecido en aquella guerra: los tebanos creyeron ya llegado el momento por ellos tan deseado. Los desterrados beocios salieron del Atica durante una noche de verano, regresaron á su patria, y al llegar asesinaron á dos jefes del gobierno entonces constituido y convocaron las masas del demos que, en su apasionamiento, proclamaron su separación de Macedonia y el ataque á la ciudadela, y nombraron, siguiendo el antiguo uso, un beotarca. Sin pérdida de tiempo, púsose en obra el bloqueo de la Cadmea, llegando en seguida los auxilios que se habían pedido á los atenienses y á los peloponesios.

El curso de los acontecimientos tomó en un principio el mismo aspecto que había tomado el hecho de liberación llevado á cabo por Pelópidas, 43 años antes; más pronto adquirió un carácter de excesiva crueldad. Los macedonios de la Cadmea se encontraban en mejor situación que los peloponesios en otro tiempo. Los griegos que habían acudido al auxilio de los tebanos, y especialmente los arcadios y los atenienses que trabajaban diplomáticamente en pro de Tebas, y que enviaron á esta considerable fuerza, proporcionaban de muy buen grado estas tropas auxiliares; pero se retardaron demasiado, tanto, que dieron tiempo á que el rey Alejandro, procedente de los desfiladeros ilirios, se precipitase como un huracán sobre la Beocia.

Cuando Alejandro recibió en Pelion la noticia del levantamiento de los tebanos, comprendió en seguida toda la trascendencia de este movimiento, y trató de sofocarlo antes de que se comunicase al resto de Grecia. Lo más importante, por de pronto, era salvar la guarnición de la Cadmea: los macedonios habían dado varias veces pruebas de saber hacer, bajo la dirección de Alejandro, admirables marchas forzadas, que en esta ocasión lograron introducir el espanto entre los helenos. En siete días había llegado el rey, desde Pelion á la Pelina tesálica, salvando el camino de las montañas y el paso de Mestovo, y seis días después se encontraba ya en Beocia. Solo cuando los macedonios llegaban á Oncesto, á dos millas de Tebas, supieron los sublevados que Alejandro había pasado las Termópilas. Los tebanos apenas podían creer que viviese el hijo de Filipo; pero pronto pudieron observar que iban á ser atacados por sus fuerzas. El ataque de Alejandro debilitó las de los griegos: los atenienses permanecieron detrás de sus murallas y los peloponesios retrocedieron hasta el istmo, mientras los 17,000 hombres del rey se engrosaban con los contingentes de los antiguos enemigos de los tebanos, los focenses y los beocios de Platea, Tespie y Orcomene. A pesar de todo, los de Tebas resistieron hasta el heroísmo y rechazaron cuantas proposiciones se les hicieron de capitulación; pero su ruina era inminente. Al tercer día de bloquear Alejandro la ciudad, pudieron los macedonios, protegidos por una salida de las

tropas de la ciudadela, intentar el asalto general, y entonces cayó en su poder la ciudad sublevada. Los vencedores, especialmente los focenses y beocios, se mostraron en extremo crueles: 6,000 tebanos fueron pasados á cuchillo, y no pocos miles debieron su salvación á la fuga. Entonces se sometió á Tebas á un juicio, cuya decisión confió Alejandro á los focenses y beocios, mortales enemigos de los tebanos. La antigua alianza con Persia, la reciente hegemonía del último período, la supremacía sobre los beocios y el acendrado odio contra los focenses, tales fueron los motivos que hubo para decretar la destrucción de la orgullosa ciudad, obra que llevó á cabo Alejandro de buen grado, pues con este castigo ejemplar dejaba asegurada la tranquilidad en Grecia durante su permanencia en el Asia. Solo la Cadmea subsistió como fortaleza macedónica: la ciudad baja fué incendiada, su territorio fué cedido á las ciudades beocias, y 30,000 prisioneros tebanos fueron vendidos como esclavos. Estos acontecimientos ocurrieron en setiembre ó octubre del año 335.

Las ruinas de Tebas y la desastrosa huella de las falanges macedónicas intimidaron bajo todos conceptos á la Grecia entera, y el mismo Alejandro creyó que en lo sucesivo no tendría necesidad de apelar á la violencia. Los peloponesios, entre los cuales triunfó de nuevo el partido macedonio, y los etolios que habían solicitado el perdón, encontraron gracia en los vencedores. Los mismos atenienses que se vieron de nuevo sometidos al partido macedonio, y se humillaron enviando embajadores al rey vencedor, lograron eludir el castigo que les amenazaba. Alejandro en un principio, exigió que le fuesen entregados Demóstenes, Licurgo, el estratego Caridemo, Efiltes y algunos otros; más por mediación de Demades, á quien los amenazados regalaban cinco talentos, y de Focion, hizo se les extensiva la gracia del macedonio. Solo Caridemo tuvo que abandonar la ciudad; y junto con Efiltes y otros muchos helenos de la madre patria, entraron al servicio de los persas, para proseguir allende los mares la guerra contra Macedonia.

Alejandro pudo entonces dedicarse exclusivamente y sin cuidado alguno á la guerra persa; pues nada tenía que temer durante muchos años, por parte de Grecia. Los persas, que hubieron de comprender la inminencia de la lucha, dejaron pasar la preciosa ocasión que se les ofrecía de llevar su escuadra al mar Egeo, de arrojar del Asia á los últimos macedonios y de comenzar por su parte la guerra en el Helesponto. Los sátrapas del Asia Menor se hallaban ocupados en reclutar las masas de mercenarios griegos que les ofrecían sus servicios. El mundo de los helenos que ya no estaba ligado con la corte de Susa por relaciones formales, veía con sorpresa la frecuencia con que se repetían las hazañas de las armas griegas en el Asia Menor, cómo se iba extendiendo de un modo inaudito el teatro de la guerra, cómo Alejandro y su brillante estado mayor conquistaban cada día nuevos laureles, y cómo, finalmente, el joven héroe macedónico no cesaba de atraerse las simpatías públicas en Grecia, mientras á sus intereses se enlazaban cada vez más los intereses griegos.

IV.— EJÉRCITO Y TÁCTICA DE ALEJANDRO. VICTORIA DE ALEJANDRO EN EL GRÁNICO Y SUS CONSECUENCIAS

Alejandro dió comienzo á su expedición al Asia Menor á principios de la primavera del año 334. Para la defensa de su reino y para conservar la tranquilidad en Grecia dejó en Pella al general Antipatro, como regente, y puso á sus órdenes 12,000 infantes y 1,500 caballos. El ejército expedicionario de Asia se componía de 30,000 infantes y 5,000 caballos. Aquí haremos notar el incomprensible error en que incurrió Alejandro al pretender llevar á cabo su expedición con un

ejército relativamente pequeño, error en que se ha incurrido repetidas veces en nuestros tiempos, á pesar de los grandes adelantos que en el arte de la guerra ha hecho nuestra generación. Ciertamente que no conocemos en detalle el modo como se atendía á las salidas, al combate, á las marchas, á la sanidad y al cambio de guarniciones, cosas que imprescindiblemente trae consigo cualquier campaña; pero observamos que Alejandro aumentó incesantemente su ejército, en parte con los refuerzos que de Macedonia recibía y en parte con la recluta de mercenarios. Cuando comenzaron las expediciones allende el Tigris, generalmente los refuerzos recibidos prestaban al principio el servicio de las guarniciones en toda la línea que se extendía hasta el teatro de la guerra, pasando después á formar parte del ejército activo.

El ejército del rey se dividía en tres cuerpos principales: uno de ellos se componía exclusivamente de soldados macedonios, constando de 1,500 hombres de caballería de línea, 3,000 hipaspistas y 9,000 falangistas; estos se encontraban á las órdenes de Parmenion y los distintos regimientos que componían estaban mandados por jefes procedentes de la masa preclara nobleza del país: el orgulloso Filotas y Nicanor, hijos de Parmenion, tenían respectivamente el mando de los hipaspistas y de la caballería. Los vasallos bárbaros de Alejandro le auxiliaban con numerosas tropas, así de infantería como de caballería, siendo de entre ellos los que más servicios prestaron, como cazadores ó lanceros, los peonios agríanos del alto Estrimon. Sin contar con el excelente cuerpo de ingenieros militares, había reclutado Alejandro grandes masas de guerreros helenos; solo que no había sacado las fuerzas de Grecia de la masa general, como hiciera en otro tiempo su padre Filipo. Sea que Alejandro no diese á la alianza de Corinto el mismo valor que su padre, sea que considerase peligroso hacerse con un número de tropas griegas demasiado considerable, solo exigió de los griegos como soldados aliados 7,000 hoplites y 600 caballos, á los cuales se agregaron 1,500 caballos que proporcionaron los de Tesalia, y 5,000 mercenarios griegos. Este cuerpo de tropas auxiliares estaba á las órdenes de los oficiales macedónicos: el conjunto de la infantería lo mandaba Parmenion. La escuadra, mandada por el almirante Nicanor, se componía en parte de buques de guerra macedónicos y en parte de contingentes helenos; de entre estos últimos 20 pertenecían á los atenienses.

Con el auxilio de la escuadra atravesó el ejército del rey sin dificultad alguna el Helesponto por Sestos y Abidos; y una vez acampado Alejandro en Arisbe, comenzó aquella serie de gloriosas expediciones que en el corto espacio de once años debían dar nueva forma durante muchos siglos á todo el mundo oriental hasta el Pendyab y Ferganah. Desde un principio las faltas de los generales persas hicieron posible á Alejandro presentar una batalla decisiva. Memnon aconsejó prudentemente debilitar la situación de Alejandro, que contaba con escasos recursos pecuniarios, devastando á este fin la comarca, dificultando el aprovisionamiento de los macedonios y evitando una batalla en regla, y atacar con la escuadra á los macedonios é insurreccionar á los griegos; pero los sátrapas, á quienes Memnon como griego era poco simpático, despreciando su consejo, quisieron de todos modos medir con las de Alejandro las armas de sus tropas, que se componían de 20,000 caballos y 20,000 mercenarios griegos. Libróse la gran batalla en el mes de mayo del año 334 en las cercanías de la Propóntide, junto á las orillas del Gránico. Los incalificables errores cometidos por los generales persas fueron causa de que los macedonios derrotasen por completo á la excelente caballería asiática y pusiesen en dispersión á los mercenarios griegos, de los cuales quedaron 2,000 en el campo de batalla. Dos cosas notables aparecen en este punto. En

primer lugar, se definió claramente el sistema por cuyo medio Alejandro reformó y perfeccionó la táctica griega, sistema que puso en práctica cuando se le presentó el enemigo formado en grandes masas y la lucha debía, por tanto, revestir la forma de una batalla en regla. Alejandro, adoptando la táctica de Epaminondas, dividió su ejército en dos alas, una defensiva y otra ofensiva, trocando tan solo la colocación por el teban adoptada, es decir, colocando la primera á la izquierda y la segunda á la derecha; pero introduciendo la mejora de organizar las dos alas en calidad y cantidad, constituyéndolas de diversas armas, según la misión principal que cada una debía desempeñar. Conforme con este nuevo principio, colocó el rey al extremo de su ala derecha compactas masas de infantería ligera, especialmente de arqueros y agrianos, que debían ser las primeras á entrar en acción; mas hacia la izquierda, y mandada generalmente por Alejandro en persona, estaba la caballería pesada macedónica, con la cual se daban por lo común los ataques mas ofensivos; á la izquierda de estos escuadrones combatían los hipaspistas cubriendo la retaguardia. Las masas de infantería pesada, las falanges macedónicas y las tropas griegas formaban el ala defensiva del ejército, que raras veces apelaba á la lucha cuerpo á cuerpo. Para cubrir su flanco izquierdo estaba la excelente caballería tesálica, que debía con preferencia trabar combate por este lado: en cuanto á la caballería de los aliados griegos, formaba el cuerpo de reserva. Por último, la caballería ligera y el resto de la infantería ligera se agregaban, según las circunstancias, á una ú otra ala.

En segundo lugar fué notable en esta lucha la cruel dureza con que Alejandro, que pretendía revestir aquella guerra de un carácter nacional panhelénico, procedió contra las tropas griegas al servicio de los persas. El rey cumplió exactamente el acuerdo tomado en tiempo de Filipo por la asamblea aliada de Corinto, de suerte que mandó fuesen trasportados á Macedonia los 2,000 prisioneros hechos en la batalla del Gránico, obligándoles á dedicarse á trabajos penitenciaros. Raras veces se apartó Alejandro de este principio.

La victoria del Gránico perjudicó altamente á los persas del Asia Menor y despertó en los griegos de este territorio un gran entusiasmo hacia el rey libertador. El comandante persa de Sardes, Mithrenes, entregó voluntariamente la invencible ciudadela de esta residencia, con lo cual tuvo Alejandro una fuerte y segura base estratégica para sus posteriores empresas, base que no había podido adquirir nunca Agesilao durante su expedición. Efeso cayó también sin lucha alguna en poder del rey, y los griegos residentes en esta ciudad se sintieron animados de un entusiasmo que Alejandro supo avivar en todos conceptos. En efecto, derribó en todas partes la oligarquía, restableció la democracia y eximió á los pueblos de los tributos impuestos por los persas, con lo cual se captó las generales simpatías de esta parte del mundo heleno, que se adhirió por completo á su causa.

A pesar de esto, no era la soberanía persa en el Asia Menor tan débil que pudiese ser aniquilada en una sola batalla. Únicamente al llegar á Mileto, ciudad que solo pudo ser conquistada por la enérgica cooperación de la escuadra y del ejército de tierra, comprendió Alejandro cuántas y cuáles eran las dificultades que para el logro de su objeto tenía que vencer. La llegada al mar Egeo de una poderosa armada persa compuesta de 400 buques, en su mayor parte púnicos y chipriotas, le indujo á enviar á su patria su pequeña escuadra, á fin de evitar que cayese en poder de la enemiga. Despues de maduras reflexiones, se desarrolló en mayor escala el magnífico plan de Alejandro, que consistía en conquistar ante todo el territorio de las costas del imperio persa, desde Mileto hasta el Delta del Nilo, en hacer inofensiva para

los macedonios la escuadra de los persas, y en destruir todos los puntos de contacto que existían entre los persas y los griegos, ganosos de sublevarse. Con esto conquistó una extensa base para los ataques que en lo sucesivo pensaba dirigir al interior de las provincias del reino de los Aqueménides. A las claras se veía que Alejandro acariciaba el gran pensamiento de derribar la dinastía de los Aqueménides y de extender por todo el reino persa la soberanía macedónica.

Con todo, este plan tenía por un lado el inconveniente de haber dejado que la armada y la diplomacia persa se aliaran impunemente con la Grecia; y por otro, el de la tenaz y extraordinaria resistencia con que se encontraron los macedonios en muchos puntos del Asia Menor y en las costas de Siria, resistencia que dió tiempo al persa para arrojar contra el pequeño ejército macedónico grandes masas de tropas sacadas del interior del vasto reino. Una vez en Caria, tuvo Alejandro que vencer grandes dificultades. A instancias de Memnon, confirió el shah á este fiel y excelente caudillo el mando en jefe de todas las fuerzas persas de mar y tierra que se encontraban en el Asia Menor: Memnon, auxiliado por algunos oficiales atenienses, entre ellos Efiates, fortificó convenientemente la ciudad de Halicarnaso, que tanta importancia tenía bajo el punto de vista estratégico; de suerte que cuando Alejandro apareció en otoño de 334 ante sus muros, vióse obligado á sostener un largo y pesado sitio, hasta que cayeron en su poder las ruinas de la magnífica residencia de Mausolo. Pronto conoció el macedonio que Memnon sabía utilizar las ventajas de su situación. Durante el invierno de 334 á 333, período que aprovechó Alejandro para conquistar la Licia y la Panfilia, para pasar, despues de reñidos combates, á la costa occidental de Pisidia, para apoderarse de la frigia Celene y finalmente para sentar sus reales en Gordion, junto al Sangarios (marzo del 333), el valiente general rodio reclutó, gracias al dinero del shah, nuevas masas de mercenarios griegos y dió comienzo durante la primavera de 333, con 300 buques, á la campaña del mar Egeo, cuyo objeto era atacar la Macedonia y promover un levantamiento general en Grecia. A este fin se enviaron á los territorios helenos agentes persas abundantemente provistos de dinero. Los espartanos eran los que mas dispuestos se encontraban á trabar alianza con Persia: las Cícladas estaban ya medio conquistadas, y el mismo Memnon que proclamaba por todas partes la autonomía de las ciudades, se apoderó, auxiliado por los oligarcas, de las islas de Chio y Lesbos, viéndose detenido solamente en su marcha por la resistencia de Mitilene, que le obligó á organizar un sitio en regla.

V.—GRAN VICTORIA, ALCANZADA POR ALEJANDRO EN ISO

Alejandro no quiso, á pesar de estas operaciones, aplazar su invasión del Oriente, confiando al regente Antipatro el cuidado de resistir al ejército de Memnon. En la primavera de 333, reforzado su ejército por la llegada de tropas de refresco, procedentes de Europa, salió Alejandro con 26,000 hombres de Gordion, dirigióse al Este, atravesó el Halys y se apoderó de Capadocia, en donde supo que su mas temible enemigo Memnon había perecido frente á Mitilene víctima de una larga enfermedad. Los persas habían, pues, perdido en el mar Egeo la persona mas importante, cuya muerte desbarató por completo los planes persas de llevar el teatro de la guerra al Occidente. Ellos y sus aliados de Grecia contaban, sin embargo, con el seguro triunfo del considerable ejército que, procedente de Babilonia, conducía Darío III en persona hacia Cilicia.

Alejandro no deseaba otra cosa que librar batalla campal con las numerosas huestes del Oriente. La fortuna le favore-

ció en aquella ocasión. Desde Tiane pudo sin obstáculo alguno pasar las *puertas cilicias*, tenidas por infranqueables, es decir, el paso de Gulet-Boghaz que, atravesando el Tauro, conduce desde Capadocia á Cilicia: mas aun, conquistado el Tarsos cilicio y repuesto de una terrible enfermedad, de la cual sanó rápidamente gracias á la heroica cura de su médico Filipo, pudo atravesar, sin luchar apenas, toda la Cilicia. Despues de haber pasado por la ciudad de Iliso y de haber llegado en noviembre de 333 á Miriandos, ciudad de la costa siria, supo que el ejército persa se encontraba á su espalda y que había acampado junto al Iso.

La noticia de la muerte de Memnon había inducido al shah á llamar á toda prisa á Babilonia un poderoso ejército procedente de las provincias centrales del vasto imperio. En vano le aconsejó el general ático Caridemo que solo pudiese en pié de guerra 100,000 hombres, la tercera parte de los cuales debían ser griegos; esta manifestación del antiguo guerrero fué castigada por los persas con la muerte. Pronto, sin embargo, arrepentido el rey de la precipitada sentencia dictada contra Caridemo, é interpretando malamente su consejo, cometió la falta de mandar que los griegos mercenarios de Memnon abandonasen el servicio que prestaban en la escuadra del mar Egeo y se dirigiesen á Fenicia para engrosar el ejército real, con lo cual la escuadra perdió la mayor parte de su fuerza. El ejército persa, que salió durante el verano de Babilonia, llegando en otoño á la llanura del Norte de Siria, y al cual se agregaron 30,000 griegos, ofrecía un aspecto imponente, pues se componía por lo menos de 250,000 infantes y 60,000 caballos: algunos pretenden que esas cifras se elevaban á 500 ó 600,000 hombres. La impaciencia y la creencia en que estaba el shah de que Alejandro rehusaría la batalla, en vista de la superioridad de las fuerzas enemigas, indujeron á Darío, en vez de atacar á los macedonios en el paso de las montañas que separan los territorios de Cilicia de la Siria, á perseguirle en la misma Cilicia.

Los persas, en su consecuencia, atravesaron la montaña de Amanos y llegaron al Iso en el mismo día en que Alejandro llegaba á Miriandos. El formidable ejército de Darío se hallaba aprisionado en la estrecha llanura, al Sur del Iso, por la cual corre la pequeña corriente del Pinaro y que teniendo apenas una legua de anchura se extiende desde las playas del golfo Ísico al Oriente hasta las estribaciones del Amanos. Su situación era, pues, muy comprometida; porque la falta de espacio imposibilitaba la rapidez de los movimientos y la utilización de la superioridad de sus fuerzas: además, en caso de una derrota no tenía ninguna retirada. Alejandro no le dejó tiempo de abandonar esta posición tan desventajosa: á la mañana siguiente de haber tenido noticia de la llegada del shah, aventuróse á comenzar el ataque: durante las dos primeras horas, la batalla del Iso estuvo indecisa, gracias á la habilidad de la caballería persa y de los griegos mercenarios de Darío; pero cuando Alejandro en persona destruyó el ala izquierda de los persas y la caballería de la guardia de Darío, que se precipitó hacia el río, la derrota de aquellos fué segura, y durante una fuga precipitada y á causa de la persecución de los macedonios y de las malas condiciones del terreno, sufrieron considerables pérdidas. Entre los innumerables prisioneros que cayeron en poder de Alejandro, se contaron, para dolor é ignominia de Darío, la madre, la esposa y los hijos del shah, que fueron tratados por el macedonio con todas las consideraciones que se merecían y que acostumbraba á guardar este magnánimo rey.

La inteligente consecuencia con que Alejandro proseguía su gran plan de guerra no le permitió perseguir á Darío, que encontró su salvación en las comarcas del Eufrates: la inferioridad numérica de los macedonios hacia por otra parte impo-

sible aprovecharse de la victoria militar hasta el punto de destruir completamente el ejército persa. Las formidables masas de este perecieron en una precipitada fuga, pero algunas secciones lograron salvarse, reuniéndose una parte de ellas con Darío, que huía rápidamente á Babilonia. Otras penetraron en las comarcas orientales del Asia Menor, en donde combatieron con las guarniciones que en ellas había dejado Alejandro. Algunos miles de griegos lograron salvarse siguiendo á Darío. La masa de estos guerreros penetró de nuevo en Fenicia y desde Trípoli retrocedieron 8,000 hombres al cabo Tenaro, en Laconia, en donde se había establecido una bandera de enganche de las mas importantes del mundo griego: 4,000, en cambio, encontraron la muerte en Egipto, donde se habían dedicado al merodeo.

La noticia de la batalla de Iso destruyó la confianza de Autofradates y Farnabazo, sucesores de Memnon en el mar Egeo, los cuales, por la perfidia con que habían roto la capitulación convenida despues de la entrega de Mitilene, habían perjudicado en alto grado sus intereses y, despues de haberseles privado de los mercenarios de Memnon, no tenían fuerzas suficientes para arrojar del mar Egeo á la escuadra macedónica. La esperanza de poder inducir, por lo menos á los espartanos, á una sublevación, halagaba cada vez mas á los enemigos de Alejandro desde la batalla de Iso. En Grecia, no obstante, ganaba cada día mas terreno la opinión favorable á Macedonia, de tal suerte que el consejo de la confederación reunido en Corinto nombró una embajada que en los próximos juegos ístmicos felicitase al rey en nombre de los helenos y le regalase una corona de oro.

VI.—ALEJANDRO CONQUISTA TIRO, GAZA Y EGIPTO

Alejandro, por su parte, despues de la batalla de Iso no adelantó mucho hacia el Sur, á fin de conquistar ante todo las costas fenicias y de precipitar la descomposición de la escuadra persa; mas, contra lo que era de esperar, vióse detenido en esta parte del reino persa. Sus generales no encontraron apenas resistencia en el interior de la Siria y él mismo pudo proseguir su victoriosa expedición hasta el angosto estrecho que separa á la poderosa ciudad isleña de Tiro de las costas del continente. Pero esta ciudad, la mas importante de todas las fenicias, se resistía á entregarse al macedonio y procuraba mantenerse neutral entre Alejandro y los persas. El rey no podía ni debía consentir en ello; de modo que á fines del año 333 comenzó aquel sitio, tan interesante bajo el punto de vista militar, y que nos da prueba patente de la perseverancia y genio con que Alejandro venció á los audaces fenicios y allanó todos los obstáculos. Este sitio retuvo á los macedonios durante muchos meses en aquel punto del reino persa, hasta que en el verano de 332 (entre el 22 de julio y el 20 de agosto) pudo el ejército macedonio penetrar victoriosamente en Tiro. El antiguo esplendor de esta ciudad fenicia desapareció por completo, como también la mejor parte de su tráfico y de sus extensas relaciones mercantiles con Cartago.

Alejandro había conseguido la ventaja de que durante esta lucha se había disuelto la escuadra persa. Los almirantes de Darío eran demasiado perezosos é ineptos para reunir todas sus fuerzas y correr al auxilio de Tiro; además carecían de energía para evitar que las escuadras fenicia y chipriota se pasasen á Alejandro, el cual, con tan poderoso refuerzo, había podido vencer por mar y tierra la enérgica resistencia de los tirios. Sin embargo, poco despues de la toma de Tiro y cuando los macedonios se encontraban en las fronteras de Palestina y de Egipto, en un punto que era la base necesaria para el ataque del Delta, ó sea en la fortaleza de